

Identidad, diferencia y ciudadanía. Una aproximación desde Chantal Mouffe

Laura SUÁREZ GONZÁLEZ DE ARAÚJO

Universidad Complutense de Madrid

Recibido: 15/11/2008

Aprobado: 20/12/2008

Resumen:

El presente artículo tratará de abordar la cuestión de la identidad en las sociedades democráticas actuales a partir de la interpretación de Chantal Mouffe y de su concepción acerca de la ciudadanía, entendida ésta como forma de identidad colectiva construida por medio de la identificación con los valores ético-políticos esenciales de la democracia liberal, a saber, libertad e igualdad. De este modo, y partiendo de la “paradoja” que según la autora define al sistema político actual -paradoja resultado de la tensión entre la lógica liberal y la lógica democrática-, se abogará por la defensa de una democracia radical plural en la que, reconocida la inevitabilidad del conflicto y antagonismo, la actividad política quede orientada a la creación de identidades políticas que, bajo una preocupación común y un mismo juego de lenguaje, reconozcan a lo “otro” como adversario legítimo y con ello tanto una pluralidad de lealtades como la defensa de la libertad individual.

Palabras claves: identidad, democracia radical, antagonismo, político.

Abstract:

This article seeks to deal with the idea of identity in current democratic societies starting with the interpretation of Chantal Mouffe and her conceptions of citizenship, understood as a form of collective identity constructed for the means of identification of essential ethic-political values of liberal democracy, in other words, liberty and equality. In this way, starting from the “paradox” that, according to the author, defines the current political system -a paradox that results from the tension between liberal logic and democratic logic-, it will be advocated the defence of a radical plural democracy in which, once we have recognized the inevitability of antagonism and conflict, the political activity would be orientated towards the creation of political identities that, under a common preoccupation and the same Word play, recognize the other as a legitimate adversary and with this a plurality of loyalties as much as a defense of the individual liberty.

Keywords: Identity, radical democracy, antagonism, political

“El objetivo es construir un “nosotros” como ciudadanos democráticos radicales, una identidad política colectiva articulada mediante el principio de equivalencia democrática”
Chantal Mouffe, El Retorno de lo político

1. La dimensión antagónica de lo político. Influencia de Carl Schmitt y Derrida

“La distinción política específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción amigo-enemigo”. Estas palabras fueron apuntadas por Carl Schmitt en su texto *El Concepto de lo Político* a fin de señalar la inevitabilidad propia del antagonismo en todo fenómeno o realidad política. Así, y a lo largo de toda la obra, *lo político* es entendido como el determinado grado de intensidad de una asociación-disociación, como una magnitud “polémica” que abre la posibilidad de traducir la relación *nosotros-ellos* propia de toda identificación colectiva en sede de un antagonismo que haga de la alteridad del “extraño” una amenaza para la propia identidad. Este planteamiento presupone el reconocimiento de varias cosas, a saber: que toda configuración de una identidad unitaria implica un principio de oposición y complementariedad con un *ellos* que afirme la existencia de un *nosotros* a partir de la “diferencia”; que esa diferencia deviene política cuando alcanza un nivel de intensidad que trasforma la relación en un vínculo de amigo-enemigo, vínculo que en último término y ante grado extremo de conflicto, puede derivar en la necesidad de combatir a ese “otro” enemigo para preservar la propia forma de existencia. De estas implicaciones, y dado el tema de nuestra exposición, nos centraremos en el requisito de la diferencia como medio de conformación de una comunidad política constituida por un *nosotros* opuestos a un *ellos*, oposición que si bien en un sistema democrático de pluralidad de identidades obliga a distinguir entre adversarios (que aunque con distintas opiniones reconocen la primacía de determinados principios), no elimina por ello la categoría de enemigo a aquellos que cuestionen la existencia y los presupuestos mismos del sistema democrático.

Con todo, el reconocimiento de la diferencia, y con él, la posibilidad de conflicto, sería lo que, según Schmitt, ocuparía la esencia de lo político. A partir de aquí, y dado que lo político se extiende potencialmente a todas las esferas de la actividad humana, toda identidad política generada en un contexto social de diversidad y pluralismo (identidad que como ya se dijo se establece de acuerdo con el modelo nosotros/ellos) supone el reconocimiento de un antagonismo, de múltiples identidades enfrentadas por la búsqueda de una hegemonía. De este modo, el acto de creación de una identidad implica la exclusión de una alteridad, la acción discriminatoria hacia un *otro* que queda fuera del espacio de iguales, del espacio común de amigos, y que define por tanto su composición. Es en este sentido que Derrida apunta el concepto de “exterior constitutivo”, referido así al reconocimiento de “un otro exterior” erigido como fundamento y requisito para la afirmación de toda identidad política colectiva y a la imposibilidad de cualquier forma de autoconstitución de aquélla, construida siempre como correlato de una diferencia. Así, este “exterior” que es constitutivo y variable (dado que existen múltiples exteriores que construyen y deconstruyen identidades en un proceso siempre inacabado) se encuentra siempre ligado al interior de la identidad generada mientras ésta permanezca, de lo que se extrae nuevamente el carácter relacional de toda identidad así como su inevitable contingencia (pues depende de que un exterior dado esté activado como constitutivo de esa identidad). Tal y como señala Chantal Mouffe, “esto cuestiona cualquier concepción esencialista de la identidad y excluye cualquier intento de definir de manera concluyente la identidad o la objetividad, dado que la objetividad siempre depende de una otredad ausente”.

Con todo y como ya se apuntó, la diferencia propia que implica toda identidad, esto es, todo par *nosotros-ellos*, queda transformada en algo político (en sentido schmittiano) cuando se traduce en una relación *amigo-enemigo*, a saber, en una relación antagonica, siendo el objetivo de toda política democrática “domesticar la hostilidad y tratar de neutralizar el antagonismo potencial que acompaña toda construcción de identidades colectivas”. Conviene asimismo insistir en la contingencia y eventualidad de estas identidades así como de los antagonismos que generan, pues si bien el conflicto es reconocido como el *locus* en el que se inscribe toda política y como causa que fundamenta su especificidad, éste adquiere distintas representaciones (distintas relaciones de amigo-enemigo) que se desarrollan en un contexto de evolución y modificación permanente. De esta manera, el rasgo de inevitabilidad de este antagonismo así como las distintas significaciones que éste puede adquirir (y con ello el carácter eventual y precario de toda identidad), serán parte de los puntos destacados en la propuesta de Chantal Mouffe, quien a partir del reconocimiento de la “existencia de una comunidad sin forma ni identidad definida y en continua reactivación”, apunta al establecimiento de una democracia radical definida por un *consenso conflictivo* en el que tengan cabida distintas posiciones políticas y una diversidad de identidades.

2. La constitución de la identidad como la constitución de lo imposible. El sujeto lacaniano

Como se señaló en el epígrafe anterior, el psicoanálisis es una de las teorías contemporáneas que desarrolla una extensa crítica a la visión tradicional del sujeto unitario y racionalista. El descubrimiento freudiano del inconsciente rompe definitivamente con la idea de un sujeto central idéntico a su ego consciente e introduce el carácter eminentemente dividido (*spaltung*) de la subjetividad humana, rasgo que será profundizado en los análisis

de Lacan y que culminarán en su teoría del sujeto escindido y alienado incapaz de identidad centralizada. Así, el psicoanalista francés escribe en su Seminario III titulado “*Les Psychoses*”:

El mito de la unidad de la personalidad, el mito de la síntesis... todos esos tipos de organización del campo objetivo revelan constantes cuarteaduras, desgarres y rajaduras, negación de los hechos y desconocimiento de la experiencia más inmediata.



Barbara Kruger

De este modo, y desligándose de la visión esencialista del sujeto, Lacan retomará la subversión del sujeto como *yo* consciente realizada por Freud y defenderá la irreductible *ex-centricidad* de ese *yo* y su consiguiente identidad fallida y alienante. Para llegar a esta noción de la identidad, Lacan establecerá la distinción esencial entre el *ego* y el *sujeto*, generado el primero en el orden imaginario como una identidad ilusoria, y resultado el segundo de su inserción en el orden simbólico que se impone como consecuencia de la

necesidad de ratificación de la identidad especular e imaginaria generada en el orden anterior. Así, la entrada en este registro simbólico, esto es, en el mundo del lenguaje, proporciona al sujeto recientemente creado la representación lingüística necesaria para que se reconozca como “algo”, como distinto de un “otro” que le permita adquirir la base de su identidad, subrayándose de nuevo el carácter relacional de la misma. “El sujeto humano deseante es construido en torno a un centro que es el otro, por cuanto éste le da al sujeto su unidad”. Con ello, y como consecuencia del componente alienante de toda identidad (pues depende de un exterior que no puede ser nunca completamente internalizado ni aprehendido), se desprende la imposibilidad de fijar una subjetividad autónoma y centralizada sobre la cual se erija una identidad estable preconstituída a toda forma de identificación. Sobre la base de este planteamiento, el sujeto es concebido como el *sujeto de la falta*, como el lugar vacío que nunca puede ser del todo llenado y que, subordinado al significante que necesita para ser constituido como tal, hace de la persecución de la identidad una empresa imposible. Stavrakakis lo expresa de la siguiente manera:

La identidad sólo es posible como identidad fallida; permanece deseable porque es esencialmente imposible. Es esta imposibilidad constitutiva la que, al hacer imposible la identidad completa, hace posible la identificación, si no necesaria.

Estas formas de identificación, dadas siempre en una comunidad lingüística y erigidas como mecanismos de constitución de la subjetividad, serán determinantes en el proceso de formación de identidades colectivas, que en base a lo expuesto y como ya se mencionó en el apartado anterior, mantendrán siempre un carácter precario y eventual. Así, el proceso “imposible” de creación de identidad de un sujeto (sujeto que es concebido, en virtud de su subordinación constitutiva al registro lingüístico, como un sujeto social) es extensible al cuerpo social, dentro del cual los diversos individuos se encuentran ligados a distintas construcciones de lenguaje disponibles que concretan de manera temporal las identidades colectivas. En consecuencia, “nunca hay una identidad definitivamente establecida, sino siempre un cierto grado de apertura y de ambigüedad en la manera de articularse las diferentes posiciones subjetivas”. De este modo, y partiendo de que lo social es articulado a través de un intercambio simbólico en el lenguaje, los procesos de identificación orientados a cubrir el lugar de una carencia (carencia que persiste tanto en el nivel de la subjetividad individual como en la colectiva, siendo su fundamento) se entienden como constitutivos de la vida sociopolítica, y ésta, como esencial para el sujeto en la búsqueda siempre inacabada de su identidad. Citando de nuevo a Stavrakakis, “la realidad social es el locus en el cual el sujeto como falta busca su completud ausente”.

Con todo lo dicho, queda explicada la importancia de la concepción lacaniana del sujeto en el proceso de creación de identidades colectivas, concepción a partir de la cual la subjetividad deja de ser referida a un ego consciente y centralizado para edificarse a partir de la realidad socio-simbólica, y de este modo, llega a encontrarse subordinada a los diversos discursos (cadenas de significantes) que pueden, de forma temporal, actuar como medios de significación que den cabida a las distintas identidades políticas esenciales en la génesis de todo proceso político. A partir de aquí, el antagonismo propio del poder político es entendido como el conflicto provocado por la dotación de significación de los distintos significantes de la esfera social, significantes que, como igualdad y libertad, quedan sujetos a las distintas representaciones que articulan la creación de las diversas identidades enfrentadas. Es por ello por lo que Chantal Mouffe se acoge y defiende el carácter antiesencialista de la democracia, la imposibilidad de una única interpretación o

significación de los principios- significantes que la sustentan, o dicho en sus palabras, la imposibilidad de que “ningún actor social limitado puede atribuirse la representación de la totalidad”. De ahí que también se reconozca la necesidad de asumir la inevitabilidad del conflicto o disenso que en el seno de las comunidades políticas se genera en torno a la interpretación de los valores democrático liberales, disenso que responde a la competencia entre distintos polos discursivos de identificación que se construyen y que dan lugar a las diversas formas de ciudadanía, impidiendo con ello el establecimiento de una sociedad definida como una sustancia con identidad orgánica.

Con todo, “la participación en una comunidad de lenguaje es el *sine qua non* de la construcción de la identidad humana y lo que nos permite formular la naturaleza social y política del hombre de una manera no esencialista”.

3. Identidad y ciudadanía en el discurso liberal y en su crítica comunitaria

Tal y como señala Mouffe, “el modo en que definimos la ciudadanía está íntimamente ligado al tipo de sociedad y de comunidad política que queremos”. Es en este punto, en la concepción de la ciudadanía y de los fundamentos que deben definir a la democracia liberal, en la que las posturas de los liberales y los comunitarios divergen. Los primeros priorizan el derecho sobre el bien, acogidos así a una visión del individuo racional que participa en la comunidad política para la defensa y persecución sus derechos e intereses privados (sin que nadie imponga una noción determinada de bienestar), respetando para ello los límites que fija el reconocimiento de derechos de los otros. De entre ellos, John Rawls establece que además de *racional*, el individuo posee un carácter *razonable* que le induce a aplicar consideraciones de justicia en un marco de cooperación social donde los ciudadanos se reconocen como libres e iguales, introduciendo de este modo un componente de moralidad a la persona. Esta pretensión de *racionalidad* “razonable” se inscribe en tradición de pensamiento político que aboga por una democracia deliberativa, la cual parece obviar el carácter eminentemente plural y conflictivo que presenta toda comunidad política al apostar por un consenso racional, moral y general posibilitado tras relegar a la esfera de lo privado las cuestiones susceptibles de generar suelos de antagonismo (fundamentalmente las distintas concepciones acerca del bien). Con ello, y al tomar en consideración únicamente a un sujeto individual capaz de consenso racional se desdeña, tal como señala Mouffe, el importante papel que *juegan las pasiones y los afectos en la consecución de la lealtad a los valores democráticos* y en la conformación de identidades colectivas, y de este modo, la ciudadanía queda restringida a “la capacidad de cada persona para formar, revisar y perseguir racionalmente su definición de bien”. Asimismo, contando con la existencia de un pluralismo ineliminable de la esfera pública, resulta imposible también establecer un consenso racional sin exclusión, pues como ya se apuntó en el primer apartado, toda comunidad política constituida como un *nosotros* necesita de un “exterior substitutivo” que afirme su identidad y le de existencia, por lo que toda pretensión de subsumir la alteridad en la unidad (pretensión albergada por la concepción liberal) carece de sentido y se aleja de toda realidad política.

No obstante, conviene recordar el importante avance que supuso, de mano de los liberales, el reconocimiento de una ciudadanía universal que afirmaba el carácter libre e igual de todos los ciudadanos, avance que si bien desligó a los individuos de las ataduras de un poder superior subyugante que relegaba a la mayor parte de la población a una posición servil, no supo dotar a esos individuos de los instrumentos necesarios para el ejercicio comunitario de tales derechos. Se reafirmaba así el individualismo liberal y su afán por

limitar y neutralizar al estado, lo que confirió al tal logrado derecho de ciudadanía un *status* meramente legal que con el tiempo ha perdido su halo de significación política. Así, y retomando la crítica de Schmitt al liberalismo, esto responde nuevamente a la pretensión liberal *de vincular lo político a una ética y someterlo a lo económico*, lo que ha derivado en una concepción instrumentalista de la política que aparece destinada a la búsqueda de acuerdos entre individuos interesados sin orientaciones básicas para el ejercicio de los derechos adquiridos. Con ello, toda esta concepción individualista que presupone una identidad previa de los individuos (identidad en último término sustentada en la definición y persecución de fines individuales), impide abordar la formación de identidades colectivas, las cuales requieren formas de identificación comunes que vayan más allá del mero reconocimiento de derechos.

Por su parte, los comunitarios critican la concepción de comunidad política y ciudadanía que se desprenden de los planteamientos liberales, y abogan por una prioridad del bien común sobre el derecho que enfatiza la importancia de la participación política pública en la creación de identidades. Así, el ser humano es concebido al modo aristotélico como un ser eminentemente político, de ahí que su identidad se entienda en términos de participación activa en la comunidad política y se reclame la reactivación de nociones determinantes en la política clásica tales como la virtud o la conciencia cívica. Esta identidad, de carácter sumamente político, sería la que según esta visión definiría de forma primera al individuo, que carecería de intereses y deseos previos a la comunidad. Con todo esto, las teorías comunitarias permitirían recuperar la relevancia de la participación política y saldar el vacío que los liberales manifiestan en su concepción individualista de la ciudadanía (identificada como se dijo con la posesión de derechos y de rasgos morales), aunque no obstante y siguiendo a Chantal Mouffe, presentarían también ciertas deficiencias. Así, y al situar la primacía del bien común sobre el derecho, se correría el riesgo de retornar a una visión premoderna de la política, visión que ya no resulta aplicable en un contexto de pluralismo regido por la idea de la libertad individual y que impide cualquier expectativa de fundar una comunidad política en torno a una única noción de bien. Como señala la autora en sus textos fundamentales, lo esencial en este punto y que se escapa a ambas concepciones es la necesaria distinción entre un *bien común moral* (inalcanzable en el marco democrático actual) y un *bien común político*, lo que implicaría una reconexión de la política con la ética y el reconocimiento de unos principios liberales democráticos así como de una ciudadanía asociada a partir de la identificación con tales principios. Así,

la creación de formas democráticas de individualidad – y de ciudadanía- es una cuestión de identificación con los valores democráticos, y esto constituye un complejo proceso que se desarrolla mediante un variado conjunto de prácticas, discursos y juegos de lenguaje.

Con todo, y a pesar de las carencias que presentan ambos planteamientos, Chantal Mouffe abogará por una noción de ciudadanía y de comunidad política que rescate y vincule los elementos esenciales de las nociones liberal y comunitaria y que respondan así al carácter plural y antagónico de la moderna democracia. Con una influencia claramente maquiavélica la autora defenderá la necesidad de compatibilizar la participación política con la libertad individual, apostando así por la construcción de una ciudadanía configurada a partir de su identificación con una determinada interpretación de los valores de libertad e igualdad.

4. Identidad y ciudadanía en Chantal Mouffe. Por una democracia radical en un contexto de pluralismo agonístico

La característica central de la modernidad, tal y como expone Chantal Mouffe en *El Retorno de lo político*, es la revolución democrática, entendida ésta como una nueva expresión de lo social que destaca por dar entrada a la lógica pluralista. Con esta irrupción, perdería todo su sentido la consideración de una sociedad de estructura universal y única con identidad orgánica, imponiéndose así la necesidad de reconocer el carácter antagónico de la vida política y su implicación en los procesos de creación de identidades colectivas. Así, acogiendo al criterio *amigo-enemigo* sentado por Schmitt y recogiendo la noción de *exterior constitutivo* apuntada por Derrida, la autora fijará el carácter relacional de toda identidad y la necesaria existencia de un *otro* que valide y posibilite la creación de la comunidad política. De este modo, y asumida la inevitabilidad de la diferencia, Mouffe defenderá la transformación de ese antagonismo que presupone un enemigo en un *agonismo* que reconozca a un adversario legítimo portador de polos de identificación alternativos, otorgando así a esta confrontación agonística el status de condición de posibilidad de la propia democracia.

Con todo ello, la tarea de creación de identidades colectivas –las cuales, siguiendo el patrón sentado por el psicoanálisis y su aseveración de la descentralidad de todo sujeto, son concebidas como resultado de distintas formas de identificación– se vuelve esencial para toda política democrática. De entre ellas, la identidad ciudadana es erigida como el principio articulador que afecta a las distintas *posiciones de sujeto* del agente social y que permite, bajo la aceptación de un lenguaje común basado en el común reconocimiento de los principios de libertad e igualdad, respetar la libertad individual y las distintas nociones de bien perseguidas por los individuos. Por ello, esta identidad queda referida a un vínculo ético-político que crea un lazo entre los participantes de la comunidad política al asumir “la autoridad de ciertas reglas que prescriben normas de conducta dentro de las cuales han de inscribirse la búsqueda de satisfacciones y acciones autoelegidas”. No obstante, y allende este lenguaje común, se reconoce la múltiple y cambiante sujeción de los individuos a distintos polos de identificación competitivos sobre la interpretación de tales principios democráticos, hecho a partir del cual se explica el carácter precario y contingente de toda identidad y la posibilidad de una multiplicidad de ciudadanía. Esto conduce, según la autora y en contraposición a la visión liberal, a la imposibilidad de alcanzar un consenso racional sin exclusión, dado que al reconocer el carácter antagónico de la sociedad y ser todo consenso *la expresión y cristalización temporal de una hegemonía basada en relaciones de poder*, siempre existirán fuerzas excluidas que cuestionen e intenten combatir dicha hegemonía creando nuevos polos de identificación. De ahí el hecho de que, por ser una *construcción política* subordinada a discursos de poder cambiantes, una identidad nunca pueda constituirse plenamente, y de ahí también que el poder haya de considerarse como el *elemento propio constitutivo de toda identidad*.

A partir de aquí, y si toda política versa sobre las reglas de los principios ético-políticos de la democracia y el conflicto en torno a sus interpretaciones, Chantal Mouffe abogará por una interpretación democrática radical de tales principios a partir de la cual sea edificada una identidad política común que facilite la creación de las condiciones necesarias para el “establecimiento de una nueva hegemonía articulada mediante nuevas prácticas, relaciones e instituciones sociales igualitarias”. Así, esta identidad ciudadana resultado de la identificación colectiva con una interpretación radical de los valores democráticos, pondrá en cuestión las diversas situaciones de dominación insertas en las múltiples relaciones

sociales a través de la creación de una *cadena de equivalencias entre las distintas demandas democráticas*, fomentando y apostando por la extensión de la libertad e igualdad para todos. A su vez, el bien común se muestra como un *punto de fuga*, esto es, como un horizonte constitutivo del imaginario social que, aunque funcione como referencia siempre presente, nunca puede ser del todo aprehendido. Se sitúa así la autora entre las concepciones liberal y comunitaria, entre la ausencia de toda referencia a un bien que queda relegado a la esfera individual y la imposición de una noción que, por identificarse como la identidad verdadera del ser humano, pondría en peligro en pluralismo con sus múltiples posibilidades de ciudadanía y la defensa de la libertad individual.

Con todo ello, Chantal Mouffe desarrolla una propuesta política que si bien describe con acierto la realidad de las sociedades democrático liberales (con la desincentivación y el desinterés ciudadano por lo político, la ausencia de alternativas reales y el aumento de identidades vinculadas a nuevos polos de identificación, tales como la raza o la religión), parece caer en un ingenuo normativismo que olvida o niega el egoísmo y la esencial apoliticidad que caracterizan al ciudadano actual, mayoritariamente identificado con el consumo e indiferente a los problemas sociales que aquejan a la comunidad política. Para que haya un cambio que subvierta la actual carencia de proyectos políticos que cuestionen el modelo imperante, tienen que surgir nuevas demandas e identidades que lo exijan, y mientras los distintos individuos se encuentren sometidos a las actuales políticas de exaltación del ego que dominan la sociedad, esta empresa parece francamente difícil. En el contexto actual de capitalismo avanzado, de preeminencia de lo económico sobre todas las esferas de lo social, todo se muestra politizable menos el propio capital, dios sin rostro que impone sus designios sin que éstos sean cuestionados “políticamente” (más allá de la conversación de café). Y parece claro que si bien no todo lo económico se somete a lo político, lo político aparece dominado por una cierta dosis de economía, de la que en último término depende. En tanto esta situación se perpetúe y no se fijen ciertos límites al capital, resultará imposible la articulación efectiva de las demandas colectivas capaces de crear una nueva objetividad. O como acertadamente expresa Žižek:

En la medida en que esta despolitización fundamental de la esfera económica sea aceptada, todas las discusiones sobre la ciudadanía activa y sobre los debates públicos de donde deberían surgir las decisiones colectivas seguirán limitadas a cuestiones “culturales” de diferencias religiosas, sexuales o étnicas —es decir, diferencias de estilos de vida— y no tendrán incidencia real en el nivel donde se toman las decisiones de largo plazo que nos afectan a todos.

Con todo esto, toda teoría política actual con ambiciones de realidad que no contemple la necesidad de esta despolitización de lo económico, se enfrentará siempre al fracaso de su realización y a la enfermedad propia de quien, conociendo el tumor, se refugia en los calmantes.

5. Conclusión

El actual proceso de difuminación de límites entre la izquierda y la derecha, la tendencia homogeneizadora de los partidos a ocupar el centro del espectro político y la desaparición de un enemigo amenazante para la democracia (de ese *otro* que representaba el totalitarismo y que en su amenaza reafirmaba los preceptos democráticos), han conducido a una crisis de legitimación de todo el sistema y a un vacío de formas democráticas

generadoras de identidad que alimentan la proliferación de nuevos sectores de segregación y la marginación de grupos desplazados de la vida política. Ante esta situación, diversas teorías políticas de distinto calado ideológico han propuesto una serie de alternativas para reactivar la maquinaria democrática y despertar nuevas identidades colectivas en los ciudadanos, proponiendo con ello nuevos polos de identificación a partir de las distintas interpretaciones de los principios de libertad e igualdad. En este contexto se inserta la propuesta de Chantal Mouffe, que si bien no puede ser enmarcada en una corriente de pensamiento determinada, presenta un proyecto político basado en una interpretación *democrático radical* de tales principios. Así, y con una noción de sujeto múltiple y escindido y un concepto de identidad que, a partir de las aportaciones de pensadores como Schmitt, Derrida o Lacan, recoge su carácter relacional, la autora apostará por una nueva forma de ciudadanía entendida como una identidad política construida a partir de la identificación con una interpretación “radical” de los valores democráticos. Asimismo, y asumido el carácter eminentemente plural y antagónico del sistema democrático, esta interpretación reconoce la existencia de otras formas alternativas de identificación necesarias para que el proceso político esté en continua reactivación, de ahí que defiende la inviabilidad de un consenso sin exclusiones y asuma la imposibilidad de una comunidad política plenamente inclusiva. Con ello, Mouffe aboga por la trasmutación del antagonismo en un *agonismo* que reconozca el conflicto y que permita, en un espacio común, verdaderas opiniones confrontadas de democracia, dentro de las cuales la ciudadanía que ella propone se erija como una identidad colectiva articulada mediante un principio de equivalencia entre las distintas demandas democráticas. No obstante, y como se dijo, cabría preguntarse si esta articulación aparece como posible en un contexto de despolitización del capital y en un momento en el que la apoliticidad de los ciudadanos se erige como rasgo esencial. Quizá, y antes de fomentar la libertad e igualdad para todos (cuya realización presupone una serie de condiciones), habría que iniciar un proceso de toma de conciencia de la propia situación de servidumbre ciudadana, sujeta a promesas de consumo sin coste de oportunidad y enfrascada en políticas de exacerbación del ego que impiden toda forma de identidad colectiva. Retomando de nuevo el criterio del amigo-enemigo definido por Schmitt, sólo cabe articular una identidad común que reconozca la hostilidad y la rechace en aras de conservar la propia forma esencial de vida. Y para ello,

la posibilidad de comprender adecuadamente, y en consecuencia la competencia para intervenir, están dadas tan sólo en virtud de una cierta participación, de un tomar parte en sentido existencial.

BIBLIOGRAFÍA:

- Freud, Sigmund: *Psicología de las masas*; Madrid, 1985; ed. Alianza
 Mouffe, Chantal: *El Retorno de lo político*; Barcelona, 1999; ed. Paidós
 Mouffe, Chantal: *La Paradoja democrática*; Barcelona, 2003; ed. Gedisa
 Schmitt, Carl: *El Concepto de lo político*; Madrid, 2006; Alianza Editorial
 Schmitt, Carl: *Sobre el Parlamentarismo*; Madrid, 1996, Tecnos
 Stavrakakis, Yannis: Lacan and the Political; Londres 1999, versión html en <http://colegiodefilosofia.unam.mx/licenciatura/profesores/documentos/aguilar>
 Žižek, Slavoj: *Dije economía política, estúpidos*, pertenece al libro *El sujeto espinoso*.
 Publicado en www.geocities.com/zizekencastellano